

LA TRADICIÓN POLÍTICA

en la obra de Hannah Arendt

Mery Castillo C.





LA TRADICIÓN POLÍTICA
EN LA OBRA DE HANNAH ARENDT

Castillo C., Mery

La tradición política en la obra de Hannah Arendt / Mery Castillo C. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Facultades de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales, 2014.

xv, 82 páginas. (Textos de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales)

ISBN: 978-958-738-478-9 (rústica)

ISBN: 978-958-738-479-6 (digital)

Arendt, Hannah, 1906-1975 - Crítica e interpretación / Filosofía política / Ciencia política / Violencia / Violencia política / Poder (Ciencias sociales) / Libertad / I. Título / II. Serie.

320.01

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Mayo 05 de 2014

LA TRADICIÓN POLÍTICA EN LA OBRA DE HANNAH ARENDT

MERY CASTILLO C.



Textos de Ciencia Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales

© 2014 Editorial Universidad del Rosario
© 2014 Universidad del Rosario, Facultades de Ciencia
Política y Gobierno, y de Relaciones Internacionales
© 2014 Mery Castillo C.

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00
<http://editorial.urosario.edu.co>

Primera edición: Bogotá D.C., julio de 2014

ISBN: 978-958-738-478-9 (rústica)
ISBN: 978-958-738-479-6 (digital)

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Liliana Gaona
Diseño de cubierta: Miguel Ramírez
Diagramación: Precolombi EU-David Reyes
Impresión: Panamericana Formas e Impresos S.A.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

LIBRO RESULTADO DE INVESTIGACIÓN

Fecha de evaluación: 23 de octubre de 2013
Fecha de aprobación: 6 de marzo de 2014

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Contenido

Presentación

Rubén Sánchez David

Introducción	ix
1. Reivindicación de Maquiavelo en la obra de Hannah Arendt.....	1
1.1. Maquiavelo desde Arendt	1
1.2. Republicanismo.....	4
1.3. La <i>virtú</i> , construcción en el espacio político	6
1.4. Violencia: medios-fines <i>versus</i> la acción.....	8
1.5. Revolución, fundación e inicio	11
1.6. Libertad, <i>virtú</i> y acción.....	15
1.7. Espacio de la pluralidad: promesa de la política y defensa contra el mal	17
2. Acercamientos a Max Weber desde una crítica a la modernidad.....	21
2.1. Problematicando la modernidad.....	21
2.2. Redefinición de la ciencia. Fragmentación y pluralidad	23
2.3. Acción <i>versus</i> fabricación	26
2.4. ¿Violencia <i>versus</i> poder? o ¿poder con violencia?	29
2.5. El Estado y la política	35
2.6. Agotamiento y pérdida del sentido del mundo. El concepto de racionalidad en cuestión	39
3. La violencia como disolución de lo político. Una crítica a Carl Schmitt	47

3.1. Consideraciones sobre la violencia	47
3.2. La instrumentalización de la violencia	54
3.3. Violencia y poder: ¿Conceptos políticos o antipolíticos?	59
3.4. El nuevo orden político y la necesidad de la violencia	63
3.5. En busca de un nuevo orden político.....	64
Conclusiones.....	67
La esperanza como posibilidad para evitar la pérdida de la condición humana	69
La comprensión: el inicio y la reconciliación con el mundo	72
La esperanza frente a ‘todo es posible’	75
Bibliografía.....	79

Presentación

Rubén Sánchez David

Profesor titular, Facultad Ciencia Política y Gobierno,
Universidad del Rosario

Los ensayos que integran este libro abarcan un conjunto de temas que han alimentado el desarrollo de la teoría política normativa. Estos ensayos se centran en las ideas de Hannah Arendt quien se inclina a favor de una democracia radical en su búsqueda por ofrecer a los seres humanos la posibilidad de ser plurales y distintos en una esfera pública participativa.

Conceptos como poder, violencia, legitimidad, instituciones y comunicación constituyen la columna vertebral de la reflexión de la profesora Mery Castillo quien enfrenta a Hannah Arendt a Nicolás Maquiavelo, Max Weber y Carl Schmitt en un ejercicio comparado de los principales aportes de estos autores a la comprensión de la política y lo político.

El poder, cuyo significado es polisémico como el de casi todas las categorías de la ciencia política es uno de los conceptos fundamentales para definir la especificidad de la disciplina, sujeto a pugnas ideológicas relacionadas con la naturaleza de la sociedad y el gobierno, situado entre dos polos: uno que privilegia la fuerza y otro el consenso.

Dado que el poder busca la obediencia, existe un vínculo que se establece intuitivamente entre el poder y la violencia cuyos medios son la coacción, la amenaza o el miedo. De allí a pensar que quien tiene los medios para doblegar la voluntad del otro y conseguir su conformidad tiene el poder no hay sino un paso, mas no se puede obviar que aquel no es un objeto sino una relación que se expresa en la acción, lo cual significa que no hay poder donde no hay obediencia.

Indudablemente, quien puede disponer de la fuerza y de los medios para ejercerla dispone de una gran ventaja sobre el que se ve sometido, pero no las lleva todas consigo. La violencia es un recurso que permite mandar pero una relación estable de poder exige un conjunto de creencias que le sirvan de apoyo, requiere legitimidad, así como la conquista del poder, su ejercicio y su conservación exigen acciones estratégicas y un discurso que justifique la relación de mando-obediencia.

Para la mayoría de los estudiosos, Nicolás Maquiavelo está en el origen de una concepción estratégica del poder centrada en la consecución de la obediencia de los gobernados. De acuerdo con esta visión, la política queda reducida al poder y este a las estrategias de consecución de resultados políticos. De este modo, la política es únicamente lucha por el poder y el saber político un saber sobre el poder, mientras fuerza y violencia son los instrumentos que permiten obtener un comportamiento regulado según la voluntad del poderoso. Voluntad que puede estar orientada no solamente a la represión y la obediencia pasiva sino también al logro de acciones positivas por lo que la astucia y el fraude se convierten también en mecanismos políticos personificados en el león y la zorra.

En la concepción estratégica del poder de Max Weber, este es una relación en la que el actor determina el fin que quiere alcanzar y en la que el mismo combina los medios que le son necesarios para la consecución de aquel fin. En este orden de ideas, el poder es la posibilidad de obtener obediencia incluso contra la resistencia de quien ha de obedecer. En la medida en que el poder se estabiliza se convierte en autoridad, en el ejercicio institucionalizado del poder que conduce a la diferenciación estable entre gobernantes y gobernados, entre los que mandan y los que obedecen. En otros términos, el poder se convierte en autoridad cuando logra legitimarse, cuando la obediencia se obtiene sin el recurso a la fuerza en la medida en que el mandato hace referencia a algún valor comúnmente aceptado y que forma parte del consenso del grupo. Legítimo es lo que las personas creen que es legítimo, por lo que no tiene sentido investigar si la creencia en la legitimidad de una acción política responde o no a la justicia o al interés común de los implicados.

En términos prácticos, la línea analítica de Maquiavelo y Weber no permite considerar ilegítima una autoridad que haya conseguido reconocimiento mediante la violencia o la manipulación. Desde otro ángulo y para poner freno a la deriva tiránica, otras visiones como las de Hannah Arendt reivindican la deliberación de los implicados como fundamento de un poder político legítimo

y convierten al diálogo y la comunicación en el centro de gravedad de la elusión de la violencia cuyo fin es la construcción de una voluntad común.

Hannah Arendt rompe con la idea del poder como un mecanismo que responde al esquema medios/fines y lo define como la capacidad humana no solo de actuar, sino de actuar concertadamente. En consecuencia, el poder no es propiedad de un individuo; pertenece al grupo y se mantiene solamente en la medida en que el grupo permanece unido. En cuanto a las instituciones, son manifestaciones del poder; se petrifican y decaen tan pronto el grupo deja de apoyarlas.

Según Arendt, el espacio existencial en el que se mueven los seres humanos, aquel en el que dialogan y discuten, es el que permite el surgimiento de la libertad tanto política como personal. Separado de la labor de nuestros cuerpos y de la necesidad, el mundo construido y convencional constituye un lugar de libertad verdaderamente humano.

La manera como Arendt concibe el poder se inspira en la tradición de la antigua Grecia donde la distinción entre lo público y lo privado corría paralela a la existente entre el mundo de la política y el hogar, entre la *polis* y el *oikos*. El hogar era el reino de lo prepolítico gobernado por la fuerza mientras la vida de la política se ordenaba mediante el habla y la razón por lo que el poder político se basaba en el gobierno de la ley y en la voluntad de los ciudadanos. La *polis* solamente conocía iguales ya que ser ciudadano significaba tener acceso a la esfera pública sin dominar ni ser dominado. La admisión en la *polis* equivalía a entrar en el reino de la libertad, la pluralidad y la distinción, mientras que el mundo de la esfera privada era gobernado por la necesidad. El mundo político se componía de instituciones que constituían el sentido compartido de los individuos, el núcleo de la estabilidad.

La perspectiva arendtiana disocia el poder de la relación mando/obediencia, de la coerción, de la violencia. El poder no es un medio para alcanzar un fin, es un fin en sí mismo puesto que es la condición que posibilita que un grupo humano piense y actúe conjuntamente. En cuanto a las leyes, las hay que no urgen a la obediencia sino directivas que dotan de un marco de referencia en cuyo interior se desarrolla la política. Lo esencial para un actor político es compartir las reglas que rigen el juego, que se someta a ellas o que reconozca su validez. Desde luego, esas reglas, producto del poder, se pueden cambiar o ser transgredidas pero no pueden ser negadas por principio porque ello significa negarse a entrar en la comunidad. Este planteamiento presupone una horizontalidad preexistente que

posibilita el acontecer de disonancias que deben ser reguladas por instituciones y procedimientos creados autónomamente por la ciudadanía. Los elementos preeminentes de esta configuración política son la acción y el discurso, vehículos de materialización del libre arbitrio y volición del hombre. La eliminación de la esfera pública es la eliminación de la pluralidad humana y con ella de la libertad y de la posibilidad de comenzar algo nuevo.

Obviamente en la realidad política no todo funciona de acuerdo con ese esquema consensual y deliberativo que fundamenta el poder, pero cuando una voluntad se impone a otra, Arendt considera que no se está en presencia del poder sino de la violencia, la cual aparece cuando el poder peligra, de modo que dejada a su propio curso termina por acabar con todo poder.

Hannah Arendt rompe con la concepción weberiana del poder como acción estratégica en la que el actor define un fin para lo cual combina e instrumentaliza los medios que aseguran la consecución de aquel fin. En la lógica de Arendt, la noción de legitimidad queda transformada por su concepto de poder. Lo que le confiere legitimidad política al poder no es la creencia, como en el modelo estratégico weberiano, sino el proceso de deliberación regido por la fuerza del mejor argumento y la libertad para hablar en busca de un consenso.

En la concepción del poder de Arendt, la comunicación en el espacio público desempeña un papel fundamental al igual que en el pensamiento de Carl Schmitt, otro autor que estudia Mery Castillo, pero las perspectivas y las conclusiones de Arendt y de Schmitt difieren profundamente en lo relativo al cómo y a las condiciones en que deben darse los procesos comunicacionales. Mientras que la primera concibe un modelo de interacción cívica que privilegia la dimensión horizontal, el segundo sitúa el vértice de la comunicación en el espacio público en la dimensión vertical, alejada de la deliberación y la búsqueda del consenso.

Para Schmitt, el sujeto político al que se le ha adscrito la posibilidad de detentar la soberanía según la tradición filosófico-política de la modernidad solamente puede expresar su voluntad mediante la aclamación aprobatoria del líder. El líder en el poder es el único que está en capacidad de comprender tanto la voluntad de los ciudadanos como las condiciones en las que debe tomar decisiones. Lo que Schmitt propugna al asimilar el líder y la masa mediante la aclamación es la anulación de la comunicación en el espacio público así como la distinción de las fronteras entre el saber y la ley. El vínculo que concibe Schmitt entre los individuos y el gobernante mantiene inmóviles a los primeros para evitar la disidencia y anular la pluralidad.

Mientras que Schmitt busca anular la representación política suprimiendo las distancias y las divergencias entre el líder y los gobernados al homogeneizar sus respectivas identidades, Arendt considera que la actividad comunicativa entre los ciudadanos y entre estos y el gobernante es el elemento más importante para canalizar las desavenencias existentes entre los integrantes de la colectividad y legitimar el poder.

En realidad, y existe un gran acuerdo al respecto en la ciencia política, poder y violencia se hallan estrechamente vinculados. El poder político busca establecer un orden político y es coacción y disciplina pero la búsqueda de consensos para ejercer legítimamente la violencia es una característica de todo tipo de poder político. La fuerza y el consenso no son dos alternativas excluyentes. La fuerza pura sin consenso se desgasta rápidamente y el consenso sin la fuerza no deja de ser una utopía. De hecho, si por consenso se entiende la confluencia de fuerzas que buscan alcanzar objetivos comunes, la política no puede prescindir de un discurso y de mecanismos que legitimen el uso de la fuerza. Es precisamente en la definición del tipo de fuerzas alrededor de las cuales se deben conformar los consensos sociales como se definen las diferentes ideologías y concepciones de la política, de modo que la forma como se busca y opera la legitimidad se relaciona con valores y creencias que dan lugar a un discurso que justifica y racionaliza ciertas realidades del poder.

Finalmente, el libro que tenemos el gusto de presentar es una propuesta relevante para alimentar las deliberaciones de la democracia en las sociedades contemporáneas, atrapadas todavía en disyuntivas maniqueas sobre las tensiones entre la fuerza y el consenso, entre violencia y legitimidad.

Bogotá, abril de 2014

